

RAHAF MOHAMMED



REBELDE

MI HUIDA DE ARABIA SAUDÍ
HACIA LA LIBERTAD

 PENÍNSULA

Rebelde

Mi huida de Arabia Saudí hacia la libertad

Rahaf Mohammed
narra su historia a Sally Armstrong

Traducción de Gema Moraleda

Título original: *Rebel. My Escape from Saudi Arabia to Freedom*

© 2022 by Rahaf Mohammed Enterprises Inc.

First Published by HarperCollins Publishers Ltd
Translation rights arranged by Westwood Creative Artists LTD. and
Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2022

© de la traducción del inglés, Gema Moraleda Díaz, 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B-4.813-2022

ISBN: 978-84-1100-068-0



Índice

1. La huida	11
2. Niña	33
3. Mandamientos sagrados	67
4. La cruda realidad	101
5. Códigos secretos	141
6. Escapar	183
7. Logros y consecuencias	223
Carta a mis hermanas	245
Bibliografía	247

La huida

31 de diciembre de 2018

Lo único que me separaba de la libertad era un trayecto en coche. Hacía más de un año que estaba lista, esperando el momento adecuado para escapar. Tenía dieciocho años y me aterraba que mi meticuloso plan fracasara. Pero mi corazón se rebelaba en contra del omnipresente terror y la crueldad de las leyes y tradiciones ancestrales que oprimen y en ocasiones también matan a las chicas como yo en Arabia Saudí. Y me sentía eufórica cuando imaginaba mi vida lejos de allí.

Llevaba encima el teléfono, pero mi pasaporte lo tenía mi hermano mayor. Era crucial hacerme con él y esconderlo para poder usarlo cuando llegara el momento. Yo intentaba comportarme con normalidad, como una hija responsable que hace la maleta para irse de vacaciones, intentando apaciguar los embates de la ansiedad mientras observaba desde mi habitación cómo mi familia se preparaba para partir y después nos sentábamos a comer juntos antes de emprender viaje.

Íbamos a la ciudad de Kuwait, un viaje de diez horas en coche desde Hail, donde vivíamos, para pasar una semana de vacaciones en familia visitando a unos parientes. Era la

oportunidad que había esperado para llevar a cabo mi plan. Allí sentada, viendo a mis hermanos llevar las maletas al coche, sentí una mezcla de tristeza e impaciencia. Estaba dividida entre el deseo de abrazar a mis hermanos, algo que, de hecho, está prohibido porque se considera un acto sexual, y la esperanza de que nada se interpusiera en mi plan de huida.

Las paredes que me rodeaban estaban vacías, nada en ellas indicaba que una mujer joven habitaba aquel cuarto. En aquella estricta sociedad no era *halal*, admisible, que las paredes de tu habitación lucieran símbolos de vida. Lo contrario se denomina *haram*, que significa prohibido. Recuerdo que me quitaron el osito de peluche que tenía sobre la cama cuando era pequeña porque era *haram*, solo el Profeta puede ser imaginado en una fotografía o figura. Mis viejos dibujos de personas y animales fueron confiscados, porque se considera que cualquier cosa que tenga alma compite con el Profeta y, por lo tanto, es *haram*. Había libros de texto y libretas por todas partes, que me recordaban que acababa de terminar mi primer semestre en la Universidad de Hail a la que ya no regresaría. Me senté en la cama a contemplar mi vida de chica saudí que quería a su familia pero que no podía soportar el terrible mantra de «las chicas no pueden» que le repetían con convicción; la hija y hermana rebelde que se alejaba por culpa de una mezcla tóxica de contradicciones culturales.

En el colegio me enseñaron que Arabia Saudí era la envidia de todo el mundo; el mejor país y el más rico, el que tiene más petróleo; un país que exige a sus ciudadanos que realicen la *hach*, la peregrinación a La Meca, al menos una vez en la vida para reafirmar el sentido de su existencia en este mundo. Ya de niña me preguntaba por qué el petróleo, los complejos turísticos y las peregrina-

ciones hacían que el resto del mundo quisiera vivir aquí. Y siempre me molestó que, por el simple hecho de completar la *bach*, cualquiera pudiera ser perdonado por todo lo que hubiera hecho en su vida, aunque fuera pegar a su mujer o asesinar a un desconocido.

Mi mirada infantil se había alimentado de otros aspectos de la vida saudí: las montañas cercanas a nuestra casa, que nos invitaban a visitarlas con las cestas de pícnic para dar agradables paseos; los inacabables desiertos en perpetuo cambio, que siempre despertaban mi imaginación, con sus dunas sinuosas, que pasaban del frío beige al rojo ardiente a la salida y la puesta de sol. Cuando mi familia iba de noche al desierto, normalmente para huir del sofocante calor estival, jugábamos al escondite en la oscuridad, esforzándonos por caminar sobre la arena blanda, cazando conejos y jerbos (un roedor del desierto) y persiguiéndonos sin preocuparnos por nada más. Hacíamos carreras y el ganador se llevaba un premio. Cantábamos, recitábamos poemas y bailábamos una danza tradicional llamada *ardab*, que está reservada a los hombres, pero que bailábamos con nuestros hermanos por diversión. Y nuestros padres siempre nos contaban historias distintas de las que nos contaban en el colegio. Algunas trataban sobre la dinastía Rashid, que gobernaba en esta región antes de que la familia Saúd los asesinara y se hiciera con el poder; otras eran sobre la historia de nuestro pueblo y la capacidad de los nómadas beduinos para subsistir en el desierto con la comida imprescindible y llevando una vida sencilla. Pero las historias que más nos gustaban eran las que hablaban de amor, de cuando eran jóvenes. Compartir viejas historias es lo que mantiene unida a una familia; nunca nos cansábamos de oír hablar del pasado. Yo sabía que estábamos creando recuerdos preciosos.

Sin embargo, desde pequeña, también era consciente de las muchas contradicciones de mi tierra natal. Aunque el paisaje se compone en su mayoría de tonos de beige y blanco, con parches de verde cerca de los oasis de agua, y montañas con salientes rocosos y árboles, los colores cálidos y suaves de Arabia Saudí contrastan duramente con la imagen de cuerpos envueltos en sacos negros paseando por sus senderos. Las mujeres y las niñas de más de doce años van cubiertas para evitar que cualquier hombre pose su mirada en las formas de su cuerpo. De hecho, en mi familia, yo tuve que empezar a lucir *abaya*, una especie de vestido negro amplio y recto que cubre todo el cuerpo desde los hombros, a los nueve años, y *niqab*, que es como una máscara sobre nuestro rostro, que solo deja ver los ojos, a la tierna edad de doce años. Aún era una niña cuando empecé a preguntarme si aquello era algún tipo de castigo. Si es el hombre quien no puede controlarse, ¿por qué debe ser la mujer quien se esconda detrás de tela como si fuera culpa suya? Y si las mujeres tienen que cubrirse, ¿por qué los hombres que no visten vaqueros o ropa occidental llevan túnicas blancas, que reflejan el calor abrasador, mientras las mujeres deben vestir de negro, que lo absorbe?

Más de la mitad de los 34 millones de habitantes de Arabia Saudí tienen menos de veinticinco años, y yo pensaba que eso era un buen augurio de cambio. Sin embargo, aunque los gobernantes del reino, que afirman actuar en nombre de Dios, han instaurado algunos cambios en la estricta normativa islámica que rige a los saudís y han hecho llamamientos a la tolerancia y la moderación, siguen crucificando, decapitando y torturando a todo aquel que no esté de acuerdo con el Gobierno. La *mutawa*, es decir, la policía religiosa, patrulla las calles, e incluso las universidades, supuestamente para asegurarse de que la ciudadanía «disfruta

de lo bueno y evita lo malo», lo que significa que las tiendas cierran cinco veces al día durante la oración, las normas de vestuario para las mujeres se aplican de forma estricta y la separación entre sexos se cumple con fanatismo, igual que la prohibición del alcohol. Pero, en realidad, muchas personas no rezan, las chicas quedan con sus novios a escondidas y muchos beben alcohol sin que nadie se entere. Dado que el 90 % de la fuerza de trabajo está formada por extranjeros, los saudís no desempeñan trabajos no cualificados; si te escapabas para ver a un amigo, los indios o los afganos que trabajan en la cafetería no van a denunciarte, y ni siquiera van a entender el idioma en el que hablas. La mayoría de los saudís que trabajan, lo hacen para el Gobierno, donde los hombres duermen la siesta por la tarde y acostumbran a reunirse a partir de las cinco de la tarde para socializar hasta pasada la medianoche.

Mi familia practica el islam suní de la tribu Shamar que gobernó la región de Hail hasta que llegó la familia Saúd. Hail es la capital de esta región, situada al noroeste del país. Es la zona más conservadora de Arabia Saudí, y su población es conocida por su generosidad, que es el motivo por el cual nuestros hogares están siempre abiertos para venir a comer o a tomar café. Mi familia forma parte de la élite: vivimos en Salah Aldin, la zona acomodada de Hail, donde no hay grandes tiendas, solo viviendas, en una gran casa con nueve dormitorios, dos cocinas (la de la planta baja es para cocinar, la otra, en la segunda planta, es solo para tentempiés), diez baños, seis salones y un pequeño jardín. Tenemos una persona que cocina, otra que conduce y otra que se encarga de la casa, y seis automóviles familiares; el que nos espera en la puerta para llevarnos a Kuwait es un Mercedes negro. Mi familia también cuenta con privilegios y muchas ventajas, como el hecho de poder ir de vacacio-

nes a otros Estados árabes como Jordania, Qatar, Bahréin, Emiratos Árabes Unidos y Turquía.

Pero cuando pienso en formas de alimentar mi alma, hay muchas cosas que no tenemos. Imagina: mi casa no tiene balcones; las buenas mujeres no se sientan en el exterior, donde puedan ser vistas. Y las ventanas están cerradas para que ningún hombre vea por casualidad a una mujer en su interior. Las mujeres, es decir, las mayores de nueve años, no pueden salir para ir a ver a los vecinos o al bazar, aunque solo sea para comprar lencería o maquillaje, ni salir a pasear sin un marido, hermano o hijo presente para controlarlas. Tenemos prohibido ir al cine, pero vemos películas estadounidenses en el ordenador. Que los musulmanes se conviertan a otra religión es ilegal. Los ateos se consideran terroristas, al igual que las feministas. La homosexualidad se castiga con la muerte. El matrimonio entre primos es lo normal; de hecho, hay tantos saudís casados con sus primos que los expertos en genética están intentando convencer a la gente de que deje de hacerlo, por el enorme aumento de distintas enfermedades genéticas graves. También es habitual tener más de una esposa, y, además, los hombres pueden divorciarse de sus mujeres solo con repetir tres veces «me divorcio de ti». Esto se conoce como el «triple *talaq*».

Estos son los ingredientes de un país tribal que escribe sus propias leyes y desafía al mundo exterior. Es un país tan hipócrita que, aunque la religión lo rige todo (la educación, el sistema judicial, el Gobierno), el 95 % de los edificios históricos de La Meca, la mayoría de los cuales tienen mil años de antigüedad, han sido derruidos por un terror fanático a que roben atención al Profeta. Incluso los relacionados con la familia de Mahoma han sido destruidos. Y aunque la mayoría de las mujeres van cubiertas por unos sacos

negros, las presentadoras de las noticias del canal de televisión propiedad de la familia real visten con ropa occidental. Todo es pura fachada. En Arabia Saudí se juega a la hipocresía.

Los hombres son lo más importante en mi país. Son quienes toman las decisiones, ostentan el poder y preservan la religión y la cultura. Las mujeres, por otro lado, no son tenidas en cuenta, sufren acoso y son objeto de una obsesión enfermiza de los hombres con la pureza. Es una estructura frágil, compleja y retorcida, que corre el riesgo de desmoronarse si se enfrenta a la verdad.

Mi padre, Mohammed Mutlaq al-Qunun, es uno de los líderes de Arabia Saudí, ya que es el gobernador de Al Sulaimi, una ciudad a unos 180 kilómetros de Hail, y su trabajo lo lleva a relacionarse con la familia real. No vive con nosotros. Tomó una segunda esposa, lo que es legal en Arabia Saudí, cuando yo tenía catorce años, y una tercera cuando yo tenía diecisiete. Eso lo cambió todo para mí, para mi madre y mis seis hermanos. Mi padre dejó de ir de vacaciones con nosotros y mi madre, Lulu, se sintió tan profundamente rechazada y herida que su personalidad cambió. Pensaba que mi padre se había casado con otras mujeres porque ella se estaba haciendo mayor y él quería esposas más jóvenes. Y tenía razón.

Por eso mamá, mis hermanos y yo nos íbamos solos de vacaciones. Soy la quinta de siete hermanos. Tengo una hermana mayor, Lamia, que está casada, y la segunda más mayor, Reem, no podía venir. Así que íbamos seis personas en el coche: Majed iba delante con mi hermano mayor, Mutlaq, que conducía; Mamá y yo nos apretábamos detrás con mi hermano pequeño, Fahad, y mi hermanita Joud. Yo

tenía que ir en medio porque, aunque vestía abaya y niqab, nadie debía verme por las ventanillas. Eso acabó siendo una gran ventaja a la hora de ver dónde había escondido los pasaportes mi hermano y atreverme a pescar el mío en un momento de distracción.

Cuando ya estábamos todos abajo entrando en el coche, apareció mi padre para despedirse y darnos dinero a todos para las vacaciones. Yo ya estaba dentro del vehículo cuando él llegó. Mi padre tiene una gran sonrisa amable, tan atractiva que no le cuesta nada entablar relación con la gente. Me alegré de que el niqab cubriera mi rostro porque, aunque le estaba devolviendo la sonrisa, él se habría percatado de mi tristeza al verlo por última vez. Lo que siento por mi padre es muy ambivalente. Me trató muy mal e hizo cosas horribles a mi hermana y a mi madre, pero de algún modo lo sigo queriendo. Sentía que lo que él, e incluso mi madre, y por supuesto mis hermanos esperaban de mí era lo que me obligaba a alejarme. Me pedían sacrificios que, sencillamente, no iba a hacer. Cuando me corté el pelo, me encerraron en una habitación hasta que se les ocurrió una excusa para mi nuevo aspecto. Al final, me obligaron a llevar turbante para esconderlo y le contaron a todo el mundo que se me había quemado el pelo por accidente y me lo habían tenido que cortar. Salir a la calle sin cubrirse el rostro con el niqab era una ofensa duramente castigada, y mi familia me ha propinado puñetazos, patadas y bofetadas por ello. Si descubrieran que tuve relaciones sexuales con un hombre sé que me matarían para salvaguardar su honor. O, como mínimo, me obligarían a casarme con un hombre elegido por ellos. Tenía que huir, de lo contrario no podría vivir a mi manera y acabaría pagando con mi vida cualquier error que cometiera. Yo veía aquel viaje como el primer día de una nueva vida que había esta-

do esperando desde que había suplicado poder asistir a la universidad en otra ciudad y me lo habían negado rotundamente; era mi oportunidad para evitar quedar atrapada en el tipo de vida que llevaban mi madre y mis hermanas mayores.

Cuando el coche empezó a alejarse del único hogar que yo había conocido, no miré atrás. Pero al dejar el barrio y tomar la autopista no pude evitar ver en la distancia las dos montañas, Aja y Salma, símbolos de la felicidad y la tragedia, que aún me persiguen. Hail está rodeada de montañas, pero esas dos, situadas en el norte de la ciudad, son de las más altas y reconocibles de la región. Todos los de aquí saben que fueron el escenario de una historia de amor. Aja, que era de la tribu de los amalecitas, se enamoró de Salma, que pertenecía a otra tribu. Se declararon amor mutuo pero sus padres no les dieron permiso para casarse. Así, los amantes desdichados huyeron juntos, pero sus familias los capturaron y asesinaron. Aja fue crucificado en una de las montañas y Salma en la otra. De pequeña ya era consciente de que esta historia de amor se contaba tanto por su romanticismo como por su valor como advertencia.

Mi reflexión sobre aquellos lejanos días en las montañas no duró, porque casi inmediatamente empecé a obsesionarme con cómo recuperar mi pasaporte. Había observado a mi hermano Mutlaq al subirse al coche. Sabía que él llevaba todos los pasaportes, su papel como el hombre más mayor durante el viaje era guardar los documentos importantes. Cuando viajábamos, solía llevarlos en el bolsillo, porque temía que se los robaran, pero aquella vez nos sentíamos seguros porque íbamos todos juntos en el coche para ir a visitar a nuestra familia en Kuwait. No aparté la vista de él desde el momento en que se sentó en el asiento del conductor. Entonces vi que metía todos los pasaportes

en la guantera. Además de eso, también me preocupaba quedarme sin teléfono, que alguien me lo pidiera para llamar y se lo quedara. Todo mi plan estaba guardado en ese dispositivo con un nombre en clave, incluido cómo reservar un billete de avión a cualquier parte, cómo entrar en páginas web, cómo ir desde Kuwait a Tailandia, qué hacer y dónde alojarse en Tailandia y cómo reservar un billete de avión desde allí a Australia, que era donde quería llegar en última instancia y donde tenía pensado solicitar asilo. En el teléfono también tenía una lista de amigas que habían huido a distintas partes de todo el mundo. Llevaba más de un año comunicándome con ellas en Alemania, Francia, el Reino Unido, Canadá, Suecia y Australia. Estas amigas me habían dado muchos consejos, en los que confiaba plenamente, para superar distintos obstáculos, por ejemplo, el hecho de que los agentes de aduanas australianos, que no quieren inmigrantes en su país, obliguen a llamar a sus padres a las chicas saudís que llegan. Una de mis amigas me avisó de esto, así que acordé con un amigo del Reino Unido que usaría su nombre y su número de teléfono si tenía que hacer esa llamada. Tenía todo tipo de trucos y posibles problemas guardados en el teléfono. También tenía dinero, unos diez mil riyales saudís (2.300 euros), escondidos en la cuenta corriente de un amigo. Llevaba siete meses ahorrándolos y tenía las contraseñas de la cuenta. Mi plan era ir a Kuwait con mi familia y, en cuanto me hiciera con el pasaporte, escapar, llegar al aeropuerto, comprar un billete a Tailandia y, desde allí, ir a Australia. Tenía amigas que me irían a recoger al aeropuerto.

Era medianoche cuando cruzamos la frontera con Kuwait. Al llegar al hotel, la temperatura había bajado hasta los siete u ocho grados. Yo estaba temblando, pero sabía perfectamente que aquello se debía mucho más al miedo

que al frío nocturno. Eran las dos de la madrugada cuando entramos en nuestra habitación. Aún no tenía el pasaporte, porque no había tenido ninguna posibilidad de cogerlo. Inspeccioné la suite del hotel: dos habitaciones: una para mis hermanos, la otra para mi hermana, mi madre y yo, un baño y un salón. Yo sabía que tendría que irme desde allí, pero compartir habitación con mi madre iba a ser un problema, porque tiene el sueño ligero, y se despertaría si yo me movía durante la noche. Así que le pedí que durmiera en el salón. La excusa fue que la habitación era pequeña y que solo había una cama doble para las tres; ella estuvo de acuerdo en que estaría mejor en el salón.

Las vacaciones fueron estresantes. Tenía que fingir que participaba de las compras, las comidas y las visitas, cuando en realidad estaba observando y esperando el mejor momento para escapar. Pasamos varios días comprando ropa en el centro comercial, y yo me quedé con una minifalda sin que nadie se enterara y me la metí en el bolso. En mi país estaba prohibido mostrar las piernas, pero tenía pensado lucirla muy pronto en Australia. Y llevarla en el bolso alimentaba mi deseo de huir de mi familia. También fuimos a la playa, lo que fue una experiencia nueva para mí, una experiencia que me hizo juzgar aún con más dureza los sacrificios que tienen que hacer las mujeres en Arabia Saudí. Mi madre me dijo que las mujeres de la playa que se metían en el agua en bañador eran putas, malas chicas. Yo sabía que eso no era cierto. ¿Por qué era correcto que los chicos, mis hermanos, estuvieran haciendo el tonto en el agua, nadando, salpicándose, refrescándose y divirtiéndose, pero un pecado que yo hiciera lo mismo? Me quedé en la arena, envuelta de pies a cabeza con la abaya, sudando y jurando que me compraría un bikini al llegar a Australia y que nadaría todo lo que quisiera. De

hecho, ni siquiera sé nadar, a las chicas no nos enseñan esas cosas en mi zona de Arabia Saudí.

Estar en esa playa fue otra experiencia que me abrió los ojos. Nunca había estado cerca del mar, nunca había visto las mareas, ni el romper de las olas ni las corrientes. La vista me fascinó: la subida de la marea, el color azul del agua que se ve a lo lejos y el blanco que remata las olas a medida que se acercan a la costa. Aquellas olas entraron en la playa y regresaron al océano durante todo el día. Aquel movimiento tenía algo perdurable, casi espiritual, como un ritual a la orilla del mar. El contraste era feroz entre mi cuerpo envuelto con una falsa cubierta asomándose tras un disfraz mientras miraba esa naturaleza esplendorosa.

Solo quedaba un día de vacaciones cuando vi la oportunidad de coger mi pasaporte. Eran las dos de la tarde del 4 de enero; mi madre, mi hermana pequeña y yo estábamos en la parte de atrás del coche esperando a que mi hermano consiguiera mesa en un restaurante. Los otros dos chicos lo habían acompañado. Era mi oportunidad. El asiento delantero estaba vacío. Me estiré hacia la guantera y mi madre me preguntó al momento: «¿Qué quieres?». Ella no veía qué estaba haciendo porque se lo impedía el reposacabezas del asiento delantero. Yo estaba en medio, pero aquella vez no me importó, y respondí tranquilamente a mi madre: «Tengo que cargar el teléfono». Abrí la guantera, agarré el pasaporte con la mano derecha y me lo metí en la manga izquierda de la abaya. Después eché la mano derecha hacia atrás muy despacio y doblé el brazo izquierdo para que no se me cayera el pasaporte. Una vez comprobé que no se veía, saqué el brazo izquierdo de la manga hasta que agarré el documento y lo guardé en un bolsito que llevaba por dentro. Como la abaya es un vestido suelto nadie vio lo que estaba haciendo: la cobertura que tanto odiaba se había

convertido en mi tapadera. Pero aquel hecho, básicamente robarle a mi hermano algo que le había sido encargado guardar, tuvo un efecto muy potente en mí. El corazón me latía a toda velocidad, pero también me sentía paralizada; por un momento, no pude mover ninguna parte del cuerpo. Casi no me creía lo que acababa de hacer. Al final, me acabé sentando de nuevo y mandé un mensaje a una amiga diciéndole que tenía el pasaporte. No paraba de escribir: «Lo he hecho. Lo he hecho». Pero la sensación de triunfo dio paso, casi inmediatamente, al terror a que alguien de mi familia abriera la guantera y se percatara de que faltaba un documento.

Cuando entramos al restaurante yo estaba rígida de ansiedad, parecía un cadáver: no podía hablar ni reírme con los demás. La espera fue agónica. Como estábamos en un reservado nos podíamos quitar las abayas y los niqabs. Mi familia me estaba viendo la cara, así que intentaba parecer tranquila. Pedimos makhbús, un plato a base de pollo especiado y arroz basmati que nos gusta mucho, y té, y me relajé un poco. Pero entonces, mientras comíamos, me empezó a sangrar la nariz. Yo sabía que era porque estaba muy nerviosa, pero no quería decirlo. Así que cuando mi familia me preguntó qué me pasaba, respondí: «No lo sé, creo que estoy cansada», y deseé con todas mis fuerzas que nadie sacara ninguna conclusión de aquel incidente. Sangraba mucho y, por si eso fuera poco, estaba nerviosa y sudaba mucho. Me sequé la nariz y le dije a mi familia que iba al baño a limpiarme, con la esperanza de tener algo de tiempo para tranquilizarme. Una vez allí, empecé a sangrar aún más y me puse a vomitar. Después de un rato, cuando estuve segura de que la hemorragia nasal y mis nervios estaban bajo control, regresé con mi familia e intenté comportarme con normalidad; les dije que estaba un poco mareada y me obli-

gué a participar en la conversación. Cuando salimos del restaurante, nos montamos en el coche e intenté que siguiéramos charlando para distraerlos y que a nadie se le ocurriera abrir la guantera; seguí hablando con mi hermano para distraer su atención hasta que llegamos al hotel, donde nos duchamos y nos preparamos para cenar con la hermana de mi padre.

Cuando íbamos de camino en coche a casa de mi tía, a una ciudad a una hora de distancia de Kuwait, comenté que sería mejor que nadie tomara cafeína y que la cosa no se alargara demasiado, porque al día siguiente teníamos un trayecto muy largo en coche para volver a casa. Era nuestra última noche fuera y no quería que nadie tuviera insomnio; necesitaba que se durmieran pronto y profundamente para poder escapar.

En la cena había mucha gente: primos y amigos de mi tía. Miré a mi alrededor y decidí que con tanta gente, más de veinte, apretados en la casa, y con todo el mundo charlando y mi madre y mis hermanos pensando que me estaba divirtiendo con las chicas en la otra habitación, era mi oportunidad para irme. Busqué en Google el número de teléfono de un taxi y mandé un mensaje para que viniera a recogerme y me llevara al aeropuerto al cabo de dos horas. El conductor me respondió que no podía venir; estaba en una zona aislada a la que los taxis no llegaban. Me molestó, pero no me preocupó demasiado. Nuestro hotel en Kuwait, aunque no estaba en el centro, sí quedaba dentro de los límites de la ciudad. Pensé que Kuwait era un lugar grande y ruidoso, un sitio donde una chica joven podía desaparecer, así que volví a escribir al taxista para decirle que si no podía venir a casa de mi tía, me recogiera en el hotel a las siete de la mañana para llevarme al aeropuerto. Para entonces ya eran las once de la noche. Aunque solíamos que-

darnos en las fiestas hasta tarde, convencí a mi familia de que debíamos regresar al hotel y dormir un poco. Por fin, nos despedimos.

De vuelta al hotel, esperaba que todo el mundo se metiera inmediatamente en la cama, pero mi madre y mis hermanos se quedaron charlando en el salón. No me atreví a unirme a ellos, y me quedé esperando a que se acostaran. Llamé a mi hermana pequeña para jugar y hablar con ella, pero se durmió enseguida. La puerta estaba entornada, así que veía lo que pasaba en el salón. El resto de mi familia siguió charlando tres horas más. Yo estaba muerta de preocupación. Era mi última oportunidad. Entonces, uno a uno, se fueron yendo, primero un hermano, después el otro y por último el pequeño, y entonces mi madre apagó la luz. Mi hermana y yo estábamos solas en la habitación. Ella estaba profundamente dormida, y mi madre no tardó. A las cuatro de la madrugada compré un billete de Kuwait Airways para ir desde Kuwait a Tailandia. Sabía que una vez comprendieran que me había escapado, mis padres intentarían saber adónde había ido y consultarían mi cuenta corriente con una aplicación que los hombres de Arabia Saudí usan para controlar a sus mujeres. Esta aplicación, proporcionada por el Ministerio del Interior saudí y que se puede descargar en Google Play y la App Store de Apple, avisa al hombre si una mujer usa su propio teléfono, pasaporte o tarjetas de crédito. Yo sabía que tenía que deshacerme de la tarjeta SIM de mi teléfono y cambiar de aerolínea una vez en Bangkok para que no pudieran encontrarme. Reservé noches de hotel en Bangkok.

El vuelo salía de Kuwait a las nueve de la mañana. El taxi tenía que llegar a las siete. Puse mis cosas en la maleta de mi hermana, porque era más pequeña que la mía y más fácil de manejar. Metí en ella mi neceser, la minifalda y

también mi rímel y lencería. En mi mochila puse una muda completa, mis papeles, dinero y el carné de estudiante, así como el pasaporte y algo de efectivo y extractos bancarios. La habitación estaba en silencio con las luces muy tenues; afuera aún era de noche. Cuando acabé con la maleta, me senté en la cama y miré a mi hermana, que estaba dormida. Quería despedirme y darle un abrazo, pero la habría despertado. En lugar de eso, me quedé mirando a aquella niña a la que tanto quería, memorizando cada uno de sus rasgos antes de irme: sus preciosas y largas pestañas, la manchita azul de su nariz, su piel suave, sus labios y sus manos. Mientras la oía roncar con suavidad, intentaba tomar una fotografía mental de cómo dormía, enroscada como un bebé, con las manitas bajo los mofletes.

Joud solo tenía doce años. Era tan pequeña, tan inocente; me daba miedo lo que pudieran hacerle, las mismas cosas horribles que me habían hecho a mí. Quería recordar aquella preciosa cara porque sabía que no volvería a verla en mucho tiempo. Mientras la miraba, me pregunté si me odiaría por haberme ido. Y me pregunté si le dolería que la hubiera abandonado. Empecé a llorar y a dudar: ¿debía irme y empezar una nueva vida o quedarme con mi hermana pequeña? Tomar la decisión fue muy difícil. Pero sabía que tenía que irme, aprovechar la oportunidad y lo que podía traer el mañana. Acabé de hacer la maleta, la cerré rápidamente y dejé atrás el resto de mis cosas. Era hora de irse. Saqué la tarjeta SIM del teléfono, la tiré al inodoro y vacié la cisterna. Después, me eché la mochila al hombro, sostuve la maleta con ruedas sobre mi pecho para que no hiciera ruido contra el suelo, y con mucho cuidado, salí de puntillas de la habitación y pasé al lado de mi madre, que dormía en el sofá del salón. Temblaba de nervios, pero al mirarla y oírla roncar me convencí de que estaba dormida,

lo que me dio seguridad. Con muchísimo cuidado agarré el picaporte y abrí la puerta que daba al pasillo. El leve crujido que emitió volvió a tensarme, así que decidí dejarla entreabierta para evitar que el sonido de cerrarla la despertara. Salí descalza, con la maleta y los zapatos en la mano, y corrí hacia el ascensor. En el pasillo se oían voces, y entonces me dio miedo que estas se colaran en la suite y despertaran a mi madre.

Por fin, entré en el ascensor; ya estaba un paso más cerca de la libertad. Me puse los zapatos y, cuando se paró en la planta baja, salí y caí en la cuenta de que no sabía dónde estaría el taxista y de que no podía llamarle porque, en el mejor de los casos, la tarjeta SIM del teléfono estaría empapada y destruida en un desagüe. Debería haberla conservado hasta llegar al aeropuerto, porque ahora estaba atrapada, sin teléfono y sin poder ponerme en contacto con el taxi para asegurarme de que venía de camino. Intenté actuar como si supiera exactamente adónde iba para evitar que los trabajadores del hotel me hicieran preguntas. Era una chica joven merodeando a las 6:45 de la mañana sin abaya. ¿Qué pensarían? ¿Podían detenerme? Seguí caminando hacia la puerta trasera del hotel, porque parecía que estaba menos transitada. Y entonces, con toda la confianza de alguien que usa la puerta trasera a diario, la abrí y salí.

Me detuve al instante, me quedé completamente quieta y sentí el viento suave sobre mi nuca desnuda: era una sensación de libertad, una libertad de la que no gozaba desde los nueve años, cuando me dijeron que tenía que empezar a llevar hiyab. A los doce años perdí la libertad de sentir el aire fresco sobre el rostro, porque tuve que empezar a usar niqab. Me encantó sentir la brisa sobre la piel y me dieron ganas de gritar y reír; el viento me acariciaba la cara y el cuello, y era fantástico, como un abrazo espontáneo por

parte del mundo. En ese momento, pensé que era capaz de volar, y me dije: «Esto es solo el principio de la libertad: lo mejor está por llegar». Caminé a lo largo de la carretera de detrás del hotel para evitar la entrada principal, porque estaba en una calle con tiendas y gente. Seguí caminando hasta llegar a la calle principal. Una vez allí, busqué una cafetería con wifi para ver dónde estaba y ponerme en contacto con el taxista, pero no había ninguna. Por suerte, me encontré con un joven y le pedí su teléfono; él me lo prestó, se ofreció a ayudarme con la maleta y a acompañarme mientras esperaba. Me preguntó adónde iba. Le dije que a Tailandia. Entonces él dijo: «¿De dónde eres?». Yo respondí: «Arabia Saudí». Él me preguntó entonces por qué no llevaba la abaya ni el niqab y yo le dije: «Mis padres son progresistas».

Por fin llegó el taxi. Le pedí al taxista que me llevara al aeropuerto y luego me conecté a internet con su conexión. Usé distintas aplicaciones para mandar mensajes a mis amigos e incluso los llamé. No estaba asustada. Una de mis amigas huidas, que vive en Sídney, Australia, me estaba contando qué hacer una vez llegara al aeropuerto. Incluso hice una videollamada desde el taxi en la que no paraba de decir: «Lo he hecho, lo he hecho». También me hice una foto y se la mandé a mis amigos. La mayoría de los taxistas de Kuwait, como los de Arabia Saudí, son de la India o de Afganistán, así que hablan urdu o darí. Sabía que el conductor no entendía el árabe, así que podía hablar tranquilamente con mis amigas. Me sentí victoriosa.

Tras llegar al aeropuerto, fui al mostrador de información a preguntar por mi vuelo. La azafata me dijo que no estaba en la terminal correcta, que aquella era la de vuelos domésticos y que mi avión salía de la internacional. Aquella noticia me sacudió y me hizo comprender que no lo

había tenido todo en cuenta. Pedí hablar con su supervisor y le expliqué que no sabía cómo llegar a la otra terminal. Él vio que estaba preocupada y me ayudó mucho. Me explicó que había un autobús que iba hasta la terminal internacional, me dijo dónde cogerlo, que era gratis y que aún estaba a tiempo de llegar. Tomé el autobús y me senté mientras intentaba convencerme de que solo serían unos minutos y que todo iría bien.

Al llegar, me puse en la cola de facturación, pero cuando le di el pasaporte y la maleta al agente del mostrador, él tardó mucho tiempo en registrarme, más que a quienes habían pasado antes de mí. Mi corazón volvió a acelerarse. Tenía miedo y le pregunté si pasaba algo. «No puede ir», me dijo. Casi no podía creer lo que estaba oyendo. Me vine abajo. Pensé que debía de haber una alerta sobre mi huida, que él la había visto y que aquel era el punto final de mi vida. «Debe de haber llamado a las autoridades; ellas habrán llamado a mi padre y ahora él está viniendo a por mí.» Mi vida había terminado. Intenté recomponerme y pregunté con toda la convicción: «¿Por qué no?». Él respondió: «No puede ir a Bangkok porque no tiene un billete de vuelta». Yo intenté convencerle de que eso daba igual, porque en realidad yo iba a Sídney después de Bangkok, pero él me dijo que era imposible. Me explicó que tenía que ir a otro mostrador y comprar un billete de vuelta a Kuwait, porque las autoridades de Tailandia exigen a los ciudadanos saudís abandonar el país al cabo de quince días, a no ser que cuenten con un visado. Fui rápidamente al mostrador y expliqué que necesitaba un billete; el agente me dijo el precio y las horas de salida. Yo estaba tan nerviosa que me estaba costando convertir la moneda, intentaba convertir los riyales saudís en dinares kuwaitís. Él se apiadó de mí y comprendió que mi hora de embarque se aproximaba. «Muy

bien —dijo—, yo se lo reservo. Ya lo pagaré al llegar a Bangkok.» Me dio una copia del billete y me dijo que lo recogiera y lo pagara en Bangkok, también me dijo que solo con mostrar la reserva ya me darían el visado.

Mientras me alejaba del mostrador pensé que hasta entonces había tenido muchísima suerte. Todo el mundo había sido amable y me había ayudado; nadie había sospechado que me estaba escapando, que estaba llevando a cabo la huida de mi vida. Mi mayor terror era que me negaran el acceso o me detuvieran para interrogarme, que alguien me preguntara: «¿Dónde está su guardián? ¿Adónde va?». Yo sabía que esto les había pasado a algunas mujeres saudís en aeropuertos extranjeros de Dubái, Egipto y Jordania. Pero nadie me detuvo. Lo mejor fue oír por los altavoces la llamada para el embarque. Supe que lo había conseguido; había logrado escapar antes de que se percataran de mi ausencia. Aunque estuvieran en el aeropuerto, ya no podrían pillarme.

Una vez dentro del avión, me senté en el asiento central entre dos mujeres tailandesas y, aunque el viaje duró seis horas, yo las pasé con los ojos como platos observando a las azafatas, mirando por la ventana como la tierra que estaba dejando se iba haciendo más y más pequeña. Hacía un día entero que no dormía y los días de vacaciones familiares no había descansado mucho, pero ahora no quería dormirme. Estaba demasiado nerviosa y emocionada. Quería saborear aquel momento de libertad. Quería contemplar el cielo y el sol de la mañana, mirar a las personas que me rodeaban dentro del avión y examinar el mapa de la pantalla que tenía delante y que mostraba el trayecto que seguíamos. El avión estaba lleno, la mayoría del pasaje eran tailandeses y había unos pocos kuwaitís. Había unos jóvenes de Kuwait en los tres asientos centrales del avión, al otro lado del pa-

sillo, que me preguntaron por qué iba a Bangkok. «A divertirme», respondí con total confianza. Uno de ellos me dio su número de teléfono y me dijo: «Llámanos. Quedaremos y nos divertiremos».

Yo sabía que el clima sería distinto cuando llegáramos a Bangkok, haría calor como en verano, así que cuando estábamos a punto de aterrizar fui al baño y me puse una camiseta de verano con mis vaqueros. Era la primera vez que dejaba los brazos al descubierto, pero no me puse escote. El protocolo de vestimenta estaba tan profundamente arraigado en mí que, aunque había escapado, seguía comprobando que la camiseta que llevaba era lo suficientemente alta como para cubrir mi pecho.

Cuando el avión aterrizó en Bangkok, estaba a punto de estallar de nervios y me moría de ganas de desembarcar. Seguí al resto de los pasajeros dentro del aeropuerto sin saber muy bien qué hacer. Lo único que sabía era que necesitaba el visado, así que, cuando vi el mostrador, me acerqué a él pensando en lo bien que lo estaba gestionando todo. Entonces vi a un hombre con un cartel con mi nombre. Mi cerebro me avisó: «Cuidado, cuidado, cuidado», pero el hombre parecía muy amable y me dijo: «He venido a extenderle un visado y ayudarla a llegar a Bangkok». Pensé que era raro, pero confiaba en que, dado que ya había volado, estaba a salvo de cualquiera que intentara detenerme. A pesar de los mensajes muy claros que mi cerebro me estaba enviando, confié en aquel hombre que decía que me iba a ayudar a conseguir el visado. Pensé que la oficina del aeropuerto debía de haber mandado a alguien para ayudar a los recién llegados. Me pidió todos los documentos oficiales: el billete de vuelta, el pasaporte y la reserva del hotel, todo lo necesario para extender el visado. Se lo di. Me dijo: «Acompáñeme». Fuimos a una ventanilla y él habló más de diez

minutos con aquella mujer. Me volvieron a saltar todas las alarmas. La mujer parecía desconcertada, como si él le estuviera pidiendo que hiciera algo que no quería hacer. Yo necesitaba desesperadamente saber qué estaba pasando, y les pedí, con el tono de voz más serio que pude emitir, que hablaran en inglés y que me contaran qué se habían dicho. No me hicieron caso y dejaron de hablar. Unos minutos después, me dijeron que no podía entrar en Bangkok porque no podían darme el visado. Cuando respondí que cumplía con todos los requisitos para obtenerlo la mujer apartó la vista: no podía mirarme a la cara. Comprendí que habían llegado a algún tipo de acuerdo.

Y entonces supe que había caído en una trampa.